



Margot Rot

Infoxicación

*Identidad, afectos y memoria;
o sobre la mutación tecnocultural*

PAIDÓS

Margot Rot

Infoxicación

Identidad, afectos y memoria;
o sobre la mutación tecnocultural

PAIDÓS Contemporánea

1.ª edición, octubre de 2023

© Margot Rot, 2023

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4125-0

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 15.239-2023

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas

fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con

CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en

el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Introducción. Demasiada info	13
1. ¿Qué nos sucede hoy?	39
2. Identidad; razón, emoción y deseo.	59
3. Identidad y tecnología	129
4. Infoxicación	219
Agradecimientos	239
Notas	241

Capítulo 1

¿Qué nos sucede hoy?

En el seno de la contradicción

Este texto ha sido engendrado a la luz de múltiples y variadas contradicciones. Contradicciones teóricas y vitales. Contradicciones emotivas y circunstanciales. Mi intención al desvelar esto no es precipitar una suerte de dialéctica en donde la conciencia de la contradicción que me soporta hace que esta se resuelva. Tampoco confieso la debilidad en que se fundan mis ideas para imponer el manido *dictum* del abrazo. «Hay que abrazar la contradicción», se suele decir. No. Yo no abrazo mis contradicciones; las miro de frente, cara a cara, en casi todos los instantes de mi vida. Con impotencia, es decir, con rabia, que es la forma que adquiere la violencia ejercida contra una misma frente a la frustración del hacer, del pensar, del ser.

Algunas de las contradicciones en que me fundo: su-

blevarme contra las condiciones de un sistema laboral que me enferma mientras me veo obligada a participar de él. Sublevarme contra la catástrofe climática mientras mi *habitus* cotidiano nos precipita hacia el deterioro irreversible de la biosfera.

Frente a la coyuntura de gran contradicción en la que parecemos instalarnos vital y teóricamente hay un enunciado que se presenta como límite. En él parecen desembocar todas nuestras disquisiciones internas: «Es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo».¹

Este enunciado representa, a todos los efectos, el cuerpo de una gran impotencia. Con esta aseveración se genera, ahora lo sé, un horizonte de imposibilidad. No son pocos los autores que han pretendido soslayar este horizonte de imposibilidad apelando al conocimiento, y más aún, a la imaginación. ¡Como si conocer a la perfección los modos en que se articula nuestra despótica realidad mellase las estructuras que articulan nuestra despótica realidad! ¡Como si imaginar no fuese un ejercicio estrechamente vinculado a nuestros modos de conocer!

Este enunciado evidencia el modo en que se ha totalizado el capital en nuestros esquemas de pensamiento, así como la dificultad a la que nos enfrentamos cuando intentamos imaginar *otras* condiciones.

La infoxicación tiene lugar cuando se atisba una contradicción y una se sitúa frente a ella con impotencia. Esta tensión suele poner de manifiesto la incertidumbre acerca de la acción individual y la acción colectiva. Por ejemplo, pienso en los modos en que suele presentarse cómo los causantes de las emisiones realmente peligrosas de CO₂ son empresas, suponiendo que nuestra acción no tiene re-

levancia. Pienso en mi capacidad para comprender las razones por las que, algunos días, me es imposible contestar un mensaje, abrir el mail o salir de la cama y en mi dificultad de sobreponerme ante este tipo de situaciones. A mi entender, un saber desprovisto de los afectos necesarios para hacer operativo el conocimiento que poseemos es como un jardín sembrado en donde la tierra no cuenta con los componentes necesarios para hacer crecer la vegetación. Los afectos dirigen nuestro conocimiento.

El saber, el poder detectar y nombrar las cuestiones que nos suceden, nos dota de la posibilidad de enfrentar, interceptar e integrar los fenómenos que percibimos del mundo. El saber ofrece la posibilidad de dar respuestas a lo que acontece. Sin embargo, hay un resorte de inacción que se da ante ciertas circunstancias que nos hacen mostrarnos impotentes, pese a saber cómo mejorarlas o solucionarlas. Un conocimiento sin afecto, es decir, un saber que no nos interpela, es un conocimiento inútil.

La apatía sintomática de la infoxicación, la incapacidad de afección afectiva sobre los conocimientos que poseemos, tiene mucho que ver con la indiferencia que nos producen las cosas. La apatía no espera. La apatía es desesperanza. Sabemos lo que sucede y lo que *nos* sucede, el problema es que no parecemos poder responder ante ello. La ignorancia dice «no lo sé», la indiferencia dice «no me importa».

Cabe preguntarnos: ¿por qué no nos importan las cosas? E incluso: ¿durante cuánto tiempo pueden importarnos las cosas?

El futuro no ha sido cancelado, más bien nuestras capacidades imaginativas —y, por ende, proyectivas— se en-

cuentran en suspensión.² La imaginación, que precipita lo posible y amplía el horizonte de enunciación de las realidades que habitamos y transitamos, se encuentra detenida.

La frase «Es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo»,³ tan sencilla, tan abrumadora, tan sólida, oculta aquello que se oculta tras todas las ideas, los conceptos, las palabras. Una actitud. Diré más: una actitud epocal.

A las ideas que defendemos, a los conceptos que utilizamos, a las palabras a las que apelamos, les precede una actitud frente al mundo. Y, como no puede ser de otro modo, las actitudes emergen de afectos: miedos y tristezas, decepciones y desesperaciones, desorientaciones y pérdidas. Abandonos. Pero también pasiones, ilusiones y esperanzas. Deseos.

Escribo con el convencimiento de que mi escritura actúa contra la solidificación del arduo estado de las cosas. El aprendizaje constante, la lectura y el estudio, el detenimiento y la paciencia que estos quehaceres conllevan remiten no solo a mi compromiso explícito con la comprensión del mundo —con el fin de no abandonarlo y abandonarme con él—, sino también al privilegio que se me otorga por el lugar que ocupo en la estructura socioeconómica: he tenido el tiempo y el dinero con el que dedicarme a ir *en busca del tiempo perdido*. El pensamiento debería perseguir la velocidad a la que se transforman las cosas. Pensar es estar dispuesto a transformarse.

Escribo a modo de persecución de un tiempo que cambia y muta, empujándome a la precariedad estructural de un sistema de ideas que se encuentra en transición. Las condiciones materiales que soportan nuestra realidad,

que es institucional y jurídica, habrán de situarse a la altura de nuestras circunstancias. Escribo en busca de una suerte de consolidación que pise los talones a la aseveración definitiva, límite y totalizante que supone la frase de Fisher que cito más adelante.

La razón de que desvele mis contradicciones, mis flaquezas y mis fugas tiene por objeto acometer un acto de entrega vulnerable ante el lector. Quisiera, ante todo, ser honesta. Este trabajo no es mío, es un «agenciamiento de enunciación colectivo»⁴ resuelto en el proceso de ósmosis en el que he crecido. Gracias a todas las personas con las que me he cruzado dentro y fuera de internet.

Temo que dibujar un sujeto contradicho, un sujeto que se instala en el límite de posibilidad frente al que parece más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, contribuya a la solidificación del estado que describo. Y sin embargo, creo que es importante dibujar el contorno subjetivo en el que nos desarrollamos: impotentes frente a la imaginación de otras condiciones sistémicas, agotados vitalmente a causa de las actuales, apáticos como resultado de la tensión corrosiva entre la imposibilidad y el agotamiento.

No sería justo dejar las cosas así. Hay otras delimitaciones afectivas que constituyen el contorno subjetivo del sujeto que aparece cuando pienso en abstracto en el tiempo-del-ahora. Asistimos al peor de los momentos mientras, con simultaneidad, sucede el mejor de los momentos.⁵ Ni apocalípticos ni integrados. Para ser justas, deberíamos decir «integradas en el apocalipsis».

El marco sistémico en el que nos instalamos, las condiciones de la economía y, por ende, las condiciones de nues-

tros cuerpos en el territorio de lo social son precarias. La tasa de desempleo en junio de 2021⁶ en España y los estudios acerca de salud mental publicados en marzo de 2021⁷ evidencian la interrelación entre capital económico y salud mental. Las mujeres y las personas pertenecientes al estrato de renta más baja son quienes ostentan mayor porcentaje de desempleo y mayor porcentaje de enfermedad.

Estamos endémicamente deprimidos.⁸ Según el último estudio de *The Lancet Public Health*,⁹ el 6,4% de la población europea sufre depresión. Esta cifra es superior a la estimada por la Organización Mundial de la Salud (OMS), que calculaba en el 4,2% la prevalencia de esta patología en la región europea. A su vez, el Instituto Nacional de Estadística (INE) estipula que ha habido un incremento del uso de internet en el contexto de la pandemia del COVID-19.

En lo que respecta a esta investigación, a saber, dilucidar una relación entre la disposición virtual de nuestras existencias y el fenómeno de la infoxicación, cabe destacar que el uso del móvil crece con la edad, especialmente a partir de los trece años.¹⁰ La encuesta revela que el 22,1% de los niños de diez años ya dispone de teléfono móvil (el 41,4% de los niños de once años, el 68,8% de los niños de doce y el 88% de los de trece).

Memoria y experiencia son dos nociones sujetas a mutación. Si hago hincapié en la interrelación entre afecciones mentales, capacidad adquisitiva y uso de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC) en los hogares es porque considero que quienes han de encargarse de ofrecer valoraciones psicológicas sobre lo que parece que sucede han de tomar en consideración que algu-

nas de estas afecciones surgen porque nuestras existencias se han transformado. Nuestra naturaleza es cultural y nuestra cultura es material. Convivimos con artefactos, vivimos a través de artefactos. La edad de entrada a la disposición de un artefacto móvil cada vez es más pronta. El número de imágenes que vemos cada día es altísimo. ¿Cuántas de ellas somos capaces de recordar?

Pese a todo insistimos. *Insistir* es eso que se hace para seguir vivo en la vorágine esquizofrénica del capitalismo. Son múltiples y variadas las formas que he conocido de insistencia. El feminismo y los movimientos LGTBIQ+ ponen de manifiesto que incluso cuando uno tiene todas las de perder, la insistencia continúa. Hoy puede verse la familiaridad con la que, por fin, se reconocen como vivibles otras formas de existencia que hace no tanto tiempo eran duramente penalizadas. Todavía lo son; no podemos darnos por satisfechas. Las cosas aún deben mejorar.¹¹

No me cabe duda de que lo haremos, desde nuestras camas, a través del espacio virtual cuando la tristeza no nos permita levantar las persianas de nuestras ventanas. En las conversaciones anodinas que se generan en nuestras cocinas cuando invitamos a amigas a comer. En nuestras relaciones alimentadas y sustentadas en los cuidados, la generosidad, el respeto, la escucha, la entrega vulnerable hacia el otro. Estas también son las demandas de una generación apática, sí, pero incansable en lo que a vínculos afectivos se refiere. Es posible que estemos tristes, es posible que, en muchas ocasiones, durante largo tiempo, no hayamos visto la luz. Sin embargo, para muchas de nosotras la importancia de la constitución de vínculos afectivos supeditados al cuidado, entregados en el intercambio de la vulnerabili-

dad, ha sido el sostén de nuestras vidas precarias. ¿O acaso no hemos impugnado desde dentro las relaciones familiares fragilísimas? ¿O no hemos puesto en entredicho los modelos posibles de relación, de vinculación, tanto familiar como romántica? Debemos y podemos estar orgullosas.

Desterrar la violencia de las casas, de las camas y de las calles ha sido sin duda el gran objeto de lucha de una generación que, pese a estar triste, ha sabido dónde poner el foco de lo fundamental. Lo fundamental siempre son nuestros vínculos, los afectos que intercambiamos con los otros y a través de los cuales nos constituimos, no solo como individuos, sino como sociedad.

No sería justo no dar cuenta de todo lo que hemos conseguido, no solo en el territorio de lo jurídico sino también en el terreno de lo cotidiano. Y lo hemos hecho pese a vivir bajo el yugo de un horizonte de imposibilidad que nos sacude, que nos asfixia, que nos agota y que, en definitiva, nos empuja al peor de los estados anímicos imaginables: la tristeza prolongada, la apatía.

Impotencia; agotamiento y apatía

La apatía es el estado en el que nos instalamos cuando la tristeza se prolonga en el tiempo. La apatía es la indiferencia, la suspensión de las pasiones, inclusive aquellas que pueden llegar a sentirse por estar excesivamente tristes. El detenimiento del ánimo es, en último término, la peor de las circunstancias vitales para un individuo de deseo.

La apatía es la prolongación de la melancolía. La melancolía reclama al tiempo, la apatía lo suspende. La melan-

colía aún echa la vista atrás y siente una pena tremenda de ese tiempo pasado, de esos otros pasados que fuimos y que a veces deseamos, necesitamos que pudiesen volver. A la melancolía aún le queda un resquicio de pasión. La apatía, sin embargo, arrastra nuestros cuerpos desprovistos de corazón del trabajo-a-la-casa-a-la-cama. A veces, nos impide salir de nuestras camas.

La apatía es la prolongación del cansancio extremo, ese que propicia que, sin vergüenza, nos durmamos unos sobre otros en el metro. La apatía camina sin rumbo y no alcanza a atisbar ni tan siquiera el límite, ese horizonte de imposibilidad¹² contra el que mi cuerpo aún se rebela.

La apatía tiene un reverso oculto: la compulsión. La apatía deja de contestar mensajes de WhatsApp, pero puede ver infinidad de tiktoks. Ve todas las series habidas y por haber. La apatía se deja llevar por el cúmulo de información a la que no le es posible vincularse y, en el atracón desmedido de estímulos a los que se somete en busca de desconexión o distracción, dinamita la atención que el mismo ejercicio le exige. La apatía no recuerda todo lo que sucedió. La apatía pierde el apetito, pero engulle. La apatía es indiferencia y compulsión. La apatía detiene el deseo y, en ocasiones, lo colma en un objeto de satisfacción sin horizonte.

La apatía es el límite afectivo en el que se impone la suspensión del tiempo. No hay futuro en la apatía, tan solo un presente continuo, desvinculado, suspendido en la infinidad y en la densidad de un gran océano de información. Es uno de esos estados en donde no hay demanda ni apelación, una forma elevada de indiferencia frente al mundo. La apatía consume compulsivamente al mundo. En la

apatía no hay pasiones, ni tan siquiera de esas que se sienten cuando la tristeza se nos lleva al lado oscuro.

Este ensayo, a diferencia de otros, pretende hacer entender al lector que la responsabilidad de esta situación de extrema vulnerabilidad y urgencia política no está solo en el sujeto. Son múltiples y variadas las circunstancias a las que atender para comprender por qué estamos tan tristes. La apatía, la indiferencia, la pérdida de todo atisbo de entusiasmo son fruto de las situaciones anímicas a las que nos empujan las condiciones sistémicas, que deben ser expuestas y comprendidas de forma transversal y holística.

La apatía es el resultado de una tensión irresoluble entre la impotencia y el agotamiento. Porque insistir es agotador. Más aún cuando los movimientos tectónicos que se generan en el territorio geológico que es el cuerpo de lo social son tan lentos.¹³

El nuestro es un tiempo que se hunde en la contradicción, la de la búsqueda de las formaciones familiares disidentes, la de la búsqueda de hogares allá donde las fluctuaciones de la economía nos impiden hipotecarnos y apenas pagar el alquiler. Buscamos casas como desarraigados. Desarraigados del espacio, del tiempo, de una historia carente de fundamento y, para muchos, carente de interés.

Una de las hipótesis que plantearé a lo largo de esta investigación tiene que ver con la desaparición de la posibilidad de un mito fundacional a causa del deterioro de la memoria. Rosi Braidotti nos dirá que, como hijas de la contemporaneidad, de la emigración y de la globalización, carecemos de lengua madre y de tierra de origen. Fukuyama anunció el fin de la historia, pero hemos comprobado que la historia continúa.

El nuestro es un tiempo de carencia y de búsqueda. Un vagar por el desierto. Un tiempo de falta fundamental y, en muchas ocasiones, de deseo despojado de objeto en el que realizar la consecución. Estamos perdidos, desorientados. Y aun así, insistimos. Volcamos nuestros afectos, nuestro tiempo, nuestro dinero, en trabajos universitarios sin rédito, por los que, en el mejor de los casos, habremos de pagar para compartir con los demás.¹⁴ Nos entregamos a trabajos culturales precarios por amor al sostenimiento de una industria que nos explota cognitivamente; a veces, tan solo bajo la promesa —incierta— de unas puertas que la explotación a la que sucumbimos nos abrirá.

Pienso en algunas de las aplicaciones que utilizamos, y en cómo sus interfaces con *scroll* infinito alientan a la búsqueda continua de objetos deseables. Pienso en cómo la oferta de posibilidades infinitas da rienda suelta a un deseo incapaz de ser satisfecho. Pienso en cómo, según Lacan, el deseo es el motor de la falta, somos seres faltantes. Me pregunto por la ansiedad que genera la existencia ilimitada de objetos en los que obtener deseo. Pienso en Tinder, en Grindr y en muchas de las aplicaciones que nos animan a desear ilimitadamente. El éxtasis del consumo parece, en estas circunstancias posindustriales de abstracción y virtualización de la experiencia, no tener fin.

El nuestro es un tiempo difícil, que se contradice, que busca la manera de sobrevivir a la voráGINE capitalista, a la apatía hacia la que esta nos precipita. Nos han llamado *vagos*, han dicho que nuestras sensibilidades son *síntoma de debilidad*. Han menospreciado nuestras facultades intelectuales, que ya no son las de antes porque el mundo, sorpresa, tampoco es el que fue. En demasiadas ocasiones nos

culpan y responsabilizan de unas condiciones que ni tan siquiera fueron capaces de advertir: crisis financiera en 2008, crisis de salud pública en 2020, crisis climática inminente anunciada hace más de treinta años. Nosotros, por contra, no solo somos conscientes de qué lugar ocupamos en la estructura jerárquica que nos asfixia, sino que intentamos sobreponernos incluso cuando no podemos levantarnos de la cama.

En internet encontramos diversas formas de enfrentarnos a nuestras depresiones fluctuantes; negación, asunción, evitación. La virtualidad nos proporciona estrategias variadas y, a veces, tan solo acompañamiento.

No son pocos los movimientos de autocuidados que se han generado en la red. Es curioso que internet genere respuestas a los problemas que el propio espacio nos produce. Pienso en la infinidad de vídeos que se publican para dormir. En experiencias como el ASMR, basadas en la escucha para el placer y la relajación. Las prácticas nocturnas deberían ser analizadas a la luz de estadísticas que nos permitiesen analizar cuántas personas sufren insomnio y cuántas acuden a internet para resolverlo, a expensas de saber que la convivencia con pantallas hasta altas horas de la madrugada es lo que impide que conciliemos el sueño, por culpa de la sobreestimulación fenoménica frente a la que nos encontramos en la virtualización.

Con todo, pienso en cómo, en su día, la instauración del trabajo reguló la disposición de la cotidianidad. La noche era el tiempo de descanso, el tiempo de no trabajo. La virtualización de nuestras existencias y la ineludible relación entre habitar internet y producir contenido para las empresas en las que residimos cuando no solo somos

usuarias ociosas sino trabajadoras digitales, hace que el trabajo ocupe todo nuestro tiempo. Todo tiempo es tiempo de producción en red.

Hemos sido educadas en la violencia de quienes tampoco han sabido comprender las dificultades de la época que vivimos, la que se ejerce cuando uno desconoce la palabra *depresión*, sus síntomas y sus consecuencias y toda esa felicidad,¹⁵ que, pese a la postulación constante de la misma como imperativo de una cultura liberal, se nos ha arrebatado.

Mi escritura emerge al amparo de esta gran contradicción. Aquella que es consciente de la felicidad expedida de forma fraudulenta por los anuncios de televisión,¹⁶ las comedias románticas y muchas de las canciones que sueñan en la radio. Una felicidad que es frágil y que se parece más a la explosión de la experiencia mediatizada, engendrada para el consumo, en esa velocidad esquizofrénica tan característica del capital.

Mi escritura reclama una idea de felicidad pacificada, sosegada, tranquila. Una vida tranquila, en la que puedan amar sin temor y vivir sin prisa. Una vida sin exigencias inalcanzables¹⁷ en donde una encuentre pasión en la tristeza.

Comprender el mundo es comprender cuáles son las variables, los cimientos, los segmentos, las intensidades, los pilares de la estructura en la que nos integramos. Renta, género, raza. Los amigos, la familia, las tecnologías que nos rodean, asisten, soportan. La forma de subjetivarse, es decir, de constituirse como individuo, dentro del cuerpo social se rastrea desde aquí.

Nos enfrentamos a una crisis climática que pone en jaque la continuación de nuestra especie en el medio. Sa-

bemos que esto sucede y, sin embargo, las políticas individuales que deberíamos poner en marcha para la resolución o la ralentización de esta circunstancia no están entre nuestras prioridades cotidianas.

La población española manifiesta una insensibilización con respecto a la situación climática que, por supuesto, tiene que ver con la situación económica en la que se encuentra. Podemos leer, a través de esta exposición de argumentos que una usuaria de Twitter comparte, cómo para muchas personas no vale la pena emprender acciones individuales contra el cambio climático, pues se sabe que son las grandes multinacionales las que generan grandes cantidades de contaminación.

La usuaria en cuestión dice: «Hay un matiz muy importante. La culpa del cambio climático no es mía ni tuya, es de grandes fortunas que llevan haciendo lo que les da la gana siglos». Y continúa: «Ni tú ni yo disponíamos de información detallada acerca del problema que estaba generando eso y decidimos encubrirlo para enriquecernos aún más, a costa de la clase trabajadora de manera tanto directa como indirecta».¹⁸

Otro usuario apunta —y esto nos lleva a lo que en esta investigación llamamos infoxicación— a que existe una suerte de *disonancia cognitiva* entre la población que impide dar crédito a la realidad ineludible de nuestras circunstancias climáticas. Dice: «Y sin embargo, pese a los informes y las evidencias, vivimos en una disonancia cognitiva permanente con el cambio climático: sabemos que existe, pero no actuamos como si fuera real. En Estados Unidos esto está más estudiado. Os pongo un ejemplo: 1) más del 70% de la gente cree que el cambio climático es real; 2) el

55% cree que la mayoría de los científicos están de acuerdo; 3) más del 70% cree que afectará a las futuras generaciones; 4) PERO solo el 43% cree que les afectará a ellos mismos».¹⁹

Es normal. Cuando uno carece de las condiciones sociales, económicas y psíquicas con las que enfrentar el rutinario paso de los días, ¿cómo va a preocuparse de los recursos de un planeta que también manifiesta su agotamiento?

He aquí otra de las contradicciones en las que me baso: la conciencia plena de las condiciones sistémicas en que nos hallamos y la imposibilidad afectiva de imponernos ante tales condiciones. Mi hipótesis es que esto es resultado directo del fenómeno de la infoxicación. Disponer de la información precisa, tener los medios con los que acceder al conocimiento, no resuelve el problema de la negación o inacción frente a evidencias científicas como la que estamos comentando.

Mi planteamiento tiene que ver, por tanto, con la incapacidad de relacionarnos afectivamente con las circunstancias que acontecen. Estamos sobreinformados. Es posible que una de las estrategias para no caer en la apatía pase por ignorar la información de la que disponemos; ahora bien, ¿hasta qué punto puede demandarse una responsabilidad directa al sujeto infoxicado?

Me gustaría detenerme brevemente en la obra de la filósofa Miranda Fricker, *Injusticia epistémica*, a razón de exponer algunas de sus ideas. Fricker habla de varios tipos de injusticia epistémica: en primer lugar, aquella que se comete al desacreditar los argumentos discursivos de un hablante debido a su pertenencia estructural a puntos de opresión sistémica; ser una mujer racializada, por ejemplo.

En segundo lugar, y aquí hallaríamos el punto de vista antagónico a la hipótesis que pretendo postular, se encontraría la injusticia hermenéutica, en referencia a la imposibilidad de nombrar y, por ende, de reconocer las condiciones en las que se está. Mi pregunta versa acerca de las circunstancias en que conocemos al detalle lo que nos sucede y, sin embargo, somos incapaces de hacernos cargo del conocimiento que poseemos.

Recordemos que la ignorancia epistémica dice *no lo sé*, mientras que la indiferencia epistémica dice *no me importa*.

Una de las ideas que sostendré a lo largo de este ensayo guarda relación con esta imposibilidad de interpelación afectiva en contextos de saturación informativa. Lo urgente de nuestra situación no es desconocerla, sino más bien conocerla al detalle y ser incapaces de generar una actitud para con la misma. Esto es la infoxicación. La incapacidad o imposibilidad de que las acuciantes circunstancias en que nos encontramos nos interpielen tanto como para tener una actitud frente a ellas —y recordemos que la actitud, cuerpo de nuestros afectos, es aquello que impulsa nuestro hacer, nuestro ser, nuestro pensar mediante las ideas, los conceptos, las palabras de las que nos servimos, ante el mundo, en el mundo.

He manifestado que mi contradicción fundamental es la de pertenecer a un mundo que se agota sin encontrar la motivación, la forma de dirigir herramientas cognoscibles hacia un ejercicio que revierta tales condiciones. A este respecto, la pregunta por la infoxicación es la pregunta por el conocimiento. ¿Cómo es posible que perteneciendo a la generación con más posibilidades —y, por ende, estra-

tegrías— técnicas, cognitivas y afectivas me resulte imposible enfrentarme al mundo en el que vivo?

La tarea del filósofo, en estas circunstancias, ha de ser la de esforzarse por comprender cuáles son las condiciones en que se erigen los cimientos de esta realidad que nos atraviesa, erosiona y determina. Y la actitud con la que esta tarea se emprende es importante. El miedo al tiempo en que se vive, el desarraigo que supone pertenecer a un tiempo que carece de tiempo (porque todo tiempo es tiempo de producción capital: intelectual, social, económica) puede llevarnos a cometer el error de incurrir en la fantasmagoría de la nostalgia.

En busca del tiempo perdido

Cuando el tiempo nos pasa por delante, cuando envejecemos, cuando ya no nos quedan afectos con los que soterrar las dificultades y los cambios, anhelamos lo que nunca tuvo lugar. Volvemos allí donde jamás estuvimos. Nostálgicos de un pasado, de una vida, de un tiempo, que jamás nos sucedió, pero que tal vez necesitamos que nos hubiese sucedido para continuar.

La nostalgia aparece, entonces, como afecto atemporal, que no parece responder a ningún tiempo concreto, sino más bien a la conjunción de todos los tiempos a la vez y a su imposible. Parece responder al recuerdo mitificado de aquello que sucedió, a un pasado que fue y que a la vez no fue jamás. ¿No es acaso recordar con nostalgia la expresión de un deseo mayor que se esconde tras aquello que sucedió y que se revela en lo que necesitamos que

hubiese sucedido al ser recordado de forma, siempre, ideal?

Es posible que la nostalgia responda a la necesidad de un presente que, en el fondo, no nos pertenece. Un presente que se volatiliza y sobre el que únicamente podemos proyectar hacia atrás. La nostalgia está atravesada por el deseo, que es, en realidad, aquello que uno siente que la vida le debe, y que deja, por tanto, a toda experiencia de tiempo *en deuda*.

Mi presente inmediato es la coalición entre el pasado en el que vivo —por hallar una justificación en lo que somos como *continuum*— y el futuro al que aspiro, de forma inevitable. La identidad se funda en esta conjunción de tiempos pasados en los que me relato para instalarme en un presente volátil, a cada instante imperceptible. La identidad se funda en esta conjunción de pasados que hacen presentes, presentes que habitamos siempre con la mirada puesta en futuros que, cuando no son cancelados, nos impulsan a la proyección. Proyectarse en el futuro es imaginarse, y esto se hace, siempre, con la vista puesta en el relato de lo que uno fue.

En este sentido, la nostalgia reclama un mundo y un tiempo que nunca se ajustan a nuestras necesidades, ni las pasadas ni las presentes. Reclama circunstancias familiares que jamás fueron deseables —más aún en plena etapa de crítica y desarticulación de algunas de nuestras instituciones— con el fin de estipular otras posibilidades de vida para quienes las desean o las necesitan. La nostalgia olvida la violencia estructural, o bien la pasa por alto, para encontrar cierta sujeción a un tiempo de solubilidad en las ideas. La nostalgia siempre alberga un temor acobar-

dado, echando de menos la fortaleza de ideas y estructuras que jamás fueron fuertes, tan solo impositivas y violentas. Dictatoriales.

Si el rezo dual al que nos invitaba la entrada de la digitalización de nuestras existencias nos dividía, hace no más de cincuenta años, entre apocalípticos e integrados, hoy podemos esgrimir que nuestros afectos, nuestras políticas y nuestras conversaciones de salón se instalan en la *integración apocalíptica*, sobre la que no parece haber escapatoria.

No es difícil encontrarse en una conversación anodina sobre el empobrecimiento de nuestra inteligencia en nuestras sociedades contemporáneas. Y sin embargo, la tan mentada industria cultural en la que, para algunos, parece hundirse el barco de la civilización, propicia condiciones epistémicas y económicas más cómodas que en otros periodos de la historia, para más personas que nunca. ¿Este es el precio que hemos de pagar por la supuesta democratización de los medios y herramientas de producción intelectual, capital, social? ¿Hasta qué punto la digitalización de nuestras vidas ha precipitado la precarización de las condiciones sociales en las que nos encontramos? ¿Es la globalización una causa o un efecto de nuestros desafortunados índices de salud mental pública?

Es posible que muchas de estas preguntas queden, a lo largo de este ensayo, sin resolver. Lo importante, creo, es plantearlas, con el fin de explicitar que somos conscientes del mundo en el que vivimos, del sistema en el que nos instalamos, de las condiciones que nos atraviesan y nos determinan. Muy especialmente porque solo el conocimiento de estas y su justa detección nos ofrece la posibilidad, si

bien no de subvertirlas, sí de rebelarse ante el *deber ser* de las cosas cuando *las cosas son como son*.

Tal vez sea falaz incurrir en posiciones dualistas: apocalípticos o integrados, entusiastas o apáticos, apolíneos o dionisiacos, mapas o calcos. Todos son análisis válidos de la realidad que, de hecho, nos sucede. Todas son formas de posicionarse afectivamente frente a las circunstancias en las que nos encontramos. Es necesario, en algún sentido, conocer los motivos por los que, pese a estar en disposición epistémica de sabernos agotados del mundo, y agotadores del mundo, somos incapaces de emprender acciones concretas, políticas y voluntarias para con él.